

Misa de la Asamblea 2019
9 de noviembre de 2019

Sabemos que Dios tiene sentido del humor. Aquí estamos reunidos como Arquidiócesis, listos para proclamar nuestra misión de acompañamiento del Pueblo de Dios y somos enviados a proclamar el Evangelio. ¿Y qué Evangelio nos presenta hoy la Iglesia? ¡La limpieza del templo! ¡Dios mío! Es como si la Iglesia dijera: “Buena suerte, Arzobispo”. Bueno, aunque el Evangelio es intenso, aun así nos ayuda a centrar nuestros esfuerzos hoy. Recordemos la frase que pensaron los discípulos cuando vieron a Jesús volteando las mesas y expulsando a los cambistas: “El celo por tu casa me devorará”.

Fue el celo en el corazón de Jesús lo que lo llevó a actuar tan energicamente. El templo se había convertido en un lugar de negocios, un mercado. Ya no era un lugar de encuentro con el Dios vivo. La gente allí en el templo no acompañaba a los fieles ni los ayudaba a acercarse a Dios. No estaban compartiendo el amor de Dios. Simplemente intentaban vender alguna imitación barata de la religión. Y Jesús no la compraba.

La palabra “acompañamiento” puede sonar suave o débil para muchas personas. Les suena a psicología pop o a sentimentalismo de la nueva era. Pero eso no es lo que venimos a explorar. El acompañamiento es nada menos que sacrificarse para acercarse a otro al Señor. Lo hacemos sin alardear. Lo hacemos escuchando primero a la persona que está frente a nosotros. Aprendiendo quiénes son como hijos de Dios. Luego nos abrimos, haciéndonos vulnerables y compartimos el encuentro que hemos tenido con Cristo de manera que la otra persona pueda recibirlo. Es un trabajo duro y si lo hacemos correctamente, nos cuesta mucho. Pero lo hacemos por nuestro propio celo por la casa del Señor. Demasiado a menudo nos hemos

conformado con tratar de vender una imitación barata de la religión y la gente no la compra. Piensen en cuántos de nuestros hermanos y hermanas católicos ya no vienen a la Iglesia. Piensen en cuántas personas ya ni siquiera creen en Dios. Ya no podemos darnos el lujo de sentarnos y no compartir nuestro celo y nuestro amor por Dios.

El Papa Francisco pone esto claramente en su exhortación *Evangelii Gaudium*: “La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial” (264).

Es por acompañamiento que compartimos nuestro encuentro con Cristo. No estamos vendiendo religión; estamos invitando a las personas a encontrarse con Cristo, que es la vida misma. En esta fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán, recibimos esta hermosa imagen del río de la vida que fluye de la Jerusalén celestial. Donde quiera que fluya ese río, renueva la tierra a su alrededor. La vida florece y todo lo que estaba estancado se refresca. Amigos, recuerden que ustedes son templos del Espíritu Santo. Que las aguas de la gracia que fluyen de ustedes alegren al pueblo de Dios y traigan nueva vida a la vida de quienes los rodean. Que Dios camine con nosotros mientras acompañamos a su pueblo. Que el celo por su casa nos devore y nos mueva como discípulos misioneros.

**Mass for Assembly 2019
November 9, 2019**

We know our God has a sense of humor. Here we are gathered as an Archdiocese, ready to proclaim our mission of accompaniment of God's people, and we stand to proclaim the Gospel. And which Gospel does the Church have for us today? The cleansing of the Temple! Oh my. It's like the Church is saying, "Good luck, Archbishop." Well, even though the Gospel is intense, it still helps us to focus our efforts today. May we recall the phrase the disciples thought of when they saw Jesus turning over tables and driving out moneychangers: "Zeal for your house will consume me."

It was the zeal in the heart of Jesus that drove him to act so strongly. The Temple had become a place of business, a marketplace. It was no longer a place of encounter with the living God. The people there in the Temple were not walking with the faithful and helping them draw closer to God. They were not sharing the love of God. They were simply trying to sell some cheap imitation of religion. And Jesus wasn't buying it.

Many people may hear the word "accompaniment" and find it soft or weak. They hear the word through a filter of pop-psychology or some new age emotionalism. But this is not what we are here to explore. Accompaniment is nothing short of sacrificing of oneself to bring another closer to the Lord. We do this not by speaking the loudest. No, we do this by first listening to the person in front of us. Learning who they are as a child of God. Then we open ourselves – being vulnerable – and share the encounter we have had with Christ in a way that the other person can receive it. It is hard work and if we

do it correctly, it costs us a great deal. But we do it because of our own zeal for the house of the Lord. Too often, my friends, we have been satisfied with trying to sell a cheap imitation of religion – and the people are not buying it. Think of how many of our Catholic sisters and brothers do not come to Church anymore. Think of how many people do not even believe in God anymore. We can no longer afford to sit by and not share our zeal and our love for God.

Pope Francis puts this clearly in his encyclical *Evangelii Gaudium*: “The primary reason for evangelizing is the love of Jesus which we have received, the experience of salvation which urges us to ever greater love of him. What kind of love would not feel the need to speak of the beloved, to point him out, to make him known? If we do not feel an intense desire to share this love, we need to pray insistently that he will once more touch our hearts. We need to implore his grace daily, asking him to open our cold hearts and shake up our lukewarm and superficial existence” (264).

It is by accompaniment that we share our encounter with Christ. We are not selling religion; we are inviting people to encounter the Christ – life himself. On this feast of Dedication of the Lateran Basilica, we receive this beautiful image of the river of life flowing from the heavenly Jerusalem. Wherever that river flows, it renews the earth around it. Life flourishes, and all that was stagnant becomes fresh. My friends, remember that you are temples of the Holy Spirit. May the waters of grace flowing from you, gladden the people of God, and bring new life into the lives of those around you. May God walk with us as we accompany his people. May zeal for his house consume us and drive us on as missionary disciples.